



# Las raíces de la canción yucateca

Roque Armando Sosa Ferreyro

*Sobrevive a pesar de la invasión de ritmos modernos. Su definición comenzó con Cirilo Baqueiro Preve "Chan-Cil", quien puso música incluso a versos de José Peón Contreras. Incorpora rasgos de la música de España, Cuba y Colombia. Integrar una antología, un proyecto pendiente aún para las autoridades*

Rendimos homenaje a la canción yucateca, sus autores e intérpretes, que sobreviven en el recuerdo por su mensaje de amor y esperanza, ensueño y nostalgia. No obstante la invasión de ritmos y sonos modernos, la trova del Mayab sigue en el mástil de la emoción por la autenticidad de su romanticismo, su acento original, síntesis de una devota ofrenda a la mujer amada, expresión de una pena, elogio a la belleza, ruego de una mirada, imploración de una sonrisa, florecimiento en que armonizan el paisaje, las raíces ancestrales, la queja musical, la oración que se expresa en la escala melódica de las guitarras...

En toda América hay modalidades que distinguen su folclor, con derivaciones que han influido para darle fisonomía propia. El mosaico hispano-aborigen-africano que constituye el sedimento colonial se

define conforme al temperamento de las diversas regiones de nuestro Continente. La geografía de la canción mexicana se enorgullece de los más variados matices, que van desde la tristeza infinita y el dolor más hondo, a la jubilosa manifestación de un jarabe y la alegría retozona de una vaquería; la reciedumbre pasional encendida por la burla y la traición del ser querido y también voces que reclaman venganza y anuncian epílogos de duelo. Tenemos, también, los cantos picarescos y humildes, que ponen en relieve costumbres, elogian los lugares nativos, se duelen de las ausencias o tienen, a veces, acentos agresivos por rivalidades pueblerinas y alusiones personales contra caciques, matones y aventureros aureolados por la leyenda...

Los **trovadic**tos yucatecos debemos exaltar la obra imperecedera de

*Roque Armando Sosa Ferreyro (1902-1989). Periodista, poeta y ensayista. Redactor temprano del periódico fundado por Salvador Alvarado, La Voz de la Revolución. Se dedicó toda su vida al periodismo y su obra está plasmada en centenares de artículos publicados en Excélsior, Revista de Revistas, El Universal Ilustrado, etcétera. Autor del libro El crimen del miedo, sobre el asesinato de Felipe Carrillo Puerto y de una extensa obra poética dispersa.*

Artículo publicado en el *Diario de Yucatán*, el 15 de febrero de 1989.

los cancioneros que han dado personalidad y señorío de aristocracia espiritual a sus cantilenas. Reconocemos el mérito, la calidad y la categoría de todas las formas y modalidades de las canciones nacionales, continentales e internacionales, al margen de localismos y regionalismos. Sin embargo, hemos de subrayar que la canción yucateca es distinta, diferente y tiene imagen propia y al decir esto no hacemos una afirmación de superioridad ninguna, sino de sus características en que se tamizan, filtran, acendran, como estalactitas milenarias, el sentimiento y el pensamiento de los abuelos mayas a través de la sangre de los conquistadores y colonizadores del

bien llamado y bien amado "país que no se parece a otro".

Fue a fines del pasado siglo cuando empezó a definirse la que puede considerarse ya como canción yucateca, reconociéndose como patriarca de la misma al inolvidable trovador Cirilo Baqueiro Preve, **Chan-Cil**, maestro que acompañó su voz con el sortilegio de la guitarra y el embrujo del violín. Él inició, de manera espontánea, la emancipación de la trova peninsular, heredera de las resonancias españolas y de las naturales influencias de otros pueblos hermanos que en nuestro Continente son el crisol de la raza cósmica. **Chan-Cil** abrió el camino, nos enseñó a expresarnos con

Conjunto de cuerdas de principios del siglo xx.





nuestras propias palabras y ritmos que responden a las necesidades melódicas regionales. Su producción fue amplia, magnífica, y comprende por igual canciones del más refinado sentimentalismo que jacarandosos romances y costumbres. En las serenatas y en los carnavales de Yucatán la presencia **Chan-Cil** era un arco iris de emociones y un surtidor de joviales alegrías. Los más notables poetas contemporáneos suyos, como el ilustre José Peón Contreras, le dieron sus versos para que sobre ellos bordara bellas melodías, que se escuchan aún.

Junto a **Chan-Cil** descollaron otros valiosos juglares como Fermín

Pastrana Huay-Cuc y Antonio Hoil, dos grandes cantilenistas a cuya inspiración se deben inolvidables canciones, sencillas y armoniosas, de grata y arrulladora musicalidad, que con galas de lujo vistieron selectos poemas. De aquellas antiguas canciones conservamos algunas a través de la tradición oral y vocal, ya que en su mayoría no llegaron al papel pautado ni tuvieron certificado de sobrevivencia en las grabaciones electrónicas, desconocidas entonces.

En la geografía musical de México se distingue la canción yucateca, engalanada de romanticismo, con palabras floridas y ritmos cadenciosos. El mestizaje espiritual iberomaya se



Cirilo Baqueiro Preve  
"Chan Cil";  
dibujo de Gabriel Ramírez.

expresa a corazón abierto, con sencillez de ofrenda en plenitud, sin recatar sus sentimientos. El amor y el dolor, la esperanza y el desencanto, el requiebro y la galantería, las quejas y los anhelos, el sueño y el ensueño, la pasión y la ternura se entrelazan para decir un mensaje realmente humano. Lejos del erotismo, la vulgaridad, la fanfarronería, el despecho, las bravatas, el desafío, la amenaza, el rencor, la procacidad, el reproche y el machismo, sin alaridos tabernarios: la canción yucateca es un retrato fiel del pueblo que rinde homenaje permanente a la belleza, la majestad y la gracia de la mujer: al embrujo de su cielo siempre azul, su paisaje infinito, el aroma de sus flores, el himno de los pájaros, y que saluda y se despide con la sinfonía de sus guitarras y el canto de sus trovadores.

El pueblo yucateco no se avergüenza de ser sentimental, de su naturaleza humana. Ya Rubén Darío nos dijo en verso inolvidable: *¿Quién que es, no es romántico?* Hay luces y sombras, congojas y alegrías. Nadie es ajeno al amor y sus vicisitudes, con inefables goces y dolorosas realidades, los eclipses y duelos del alma. Los ruegos, las peticiones, los elogios a la persona amada, los decimos todos, en todos los tiempos y en todas las lenguas; y el yucateco lo hace con acompañamiento musical que sintetiza esperanzas y recuerdos, las

enlunadas noches de serenata bajo un palio de luceros.

A principios de este siglo la canción yucateca empezó a singularizarse, a definirse, a tener imagen propia. Las influencias y ritmos españoles, cubanos y colombianos, coadyuvaron a darle una fisonomía que traduce su temperamento, en el marco del clima, la herencia de los genes, las tradiciones, el ambiente, las circunstancias. Así como el vals presenta diferentes cortes y estilos, y el vienés tiene rasgos que lo distinguen del peruano y del mexicano, hay una marcada cadencia entre el bolero de Yucatán y el de Cuba; y de manera singular son de otro acento el bambuco yucateco y el de Colombia. Lo mismo puede apreciarse en las interpretaciones de los grandes cantantes y de los más famosos actores, pues cada intérprete siente y matiza los personajes según su temperamento. Así, las cadencias originarias de otras latitudes se transformaron en Yucatán y fueron asimiladas con un tamiz regional; como sucede con el habla castellana filtrada a través del pensamiento y la fonética del idioma de los mayas, interdependencia que señaló magistralmente el poeta Antonio Mediz Bolio en su trabajo de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

Los **trovadictos** consideramos que no todas las canciones hechas en Yucatán y por autores yucatecos merecen calificarse como canciones



yucatecas, por carecer de la conjunción y la unidad del verso y la melodía en la sensibilidad expresiva y ortodoxa de nuestras cantilenas. Muchas y bellísimas canciones de Gabriel Ruiz, el inspirado compositor jalisciense, con letras de los poetas yucatecos Ricardo López Méndez y José Antonio Zorrilla (*Monís*) —y citemos como las más famosas *Amor* y *Usted*, respectivamente— no son canciones yucatecas; y en cambio sí lo son *El rosal enfermo*, con versos del canario Lázaro Sánchez Pinto y música de Ricardo Palmerín; *Flor*, de Guty Cárdenas, con palabras de los venezolanos Juan Antonio Pérez Bonalde y Diego Córdoba; y *Ella*, melodía de Domingo Casanova sobre un poema del vate dominicano Osvaldo Basil. La nacionalidad, digamos, de una trova, no es una derivación del pasaporte y la ciudadanía de sus autores, de su solar nativo, sino de la factura misma de la canción y que responde al patrón reconocido tradicionalmente por sus características propias. Un compositor contemporáneo y que triunfa muy merecidamente, Armando Manzanero, ha producido hermosas melodías; pero de ellas pocas son las que pueden identificarse como canciones yucatecas; las demás son canciones nacionales o internacionales.

En estas divagaciones en torno a canciones y cancioneros de Yucatán hemos querido referirnos a las características especiales y específicas de

la trova peninsular, que es producto del mestizaje espiritual y el ambiente regional. La naturaleza, el paisaje, la milagrosa prestancia de la belleza femenina, hacen brotar de las gargantas y las guitarras la ofrenda de los cantares en una espontánea floración de madrigales. Canta el yucateco para satisfacer una voluptuosa necesidad de expresar su pensamiento y su sentimiento, con la íntima dicha de compartir su existencia, sus ideales, su himno a la vida, como un prisma que refleja todos los matices del alma.

En el vértigo de los tiempos actuales, cuando el materialismo, la violencia, el erotismo y el machismo rigen las relaciones humanas, se califica de cursi todo lo romántico y sentimental. A pesar de ello, el hombre y la mujer palpitan y transmiten sus emociones, cantan las trovas que expresan sus propios anhelos y sus quejas, porque en ellas se interpretan el amor y el dolor de todos y cada uno de nosotros. Una de las modalidades relevantes de la canción yucateca es que la música se entrelaza con el verso y transporta la palabra a la melodía. Sólo por excepción el trovador es poeta y compositor, pues éste, en lo general, traduce en su guitarra el mensaje del poema.

Como todo evoluciona, ahora es frecuente que los melodistas —en su mayoría no son músicos, no conocen el pentagrama y tocan y componen "**líricamente**"— sean autores por

partida doble. Ello es consecuencia de la comercialización del arte, de las regalías como derechos autorales; y esta ambiciosa fiebre degenera la creación de los cantos tradicionales, en los cuales la letra es de un poeta y la música es de un compositor.

Sería ilusorio el intento de presentar un catálogo de autores e intérpretes de la canción yucateca, lista interminable con el riesgo de omitir a muchos y valiosos exponentes de la trova peninsular. Por ello nos referimos a todos en conjunto en la canción yucateca que es la flor colectiva de un pueblo que piensa y siente en maya y se expresa en español, con las antenas alertas para captar los mensajes musicales del mundo e interpretarlos conforme a su temperamento y su sentido del ritmo, la cadencia, la armonía y la belleza. España, Cuba y Colombia han infiltrado su musicalidad; pero sin copiarla en imitación servil, sino adoptándola, los trovadores nuestros han hecho suyas esas normas y estilos de la canción, como es fácil advertirlo en su incomparable repertorio.

Muchas, muchísimas de las trovas peninsulares se han perdido y todavía otras más se pierden y se olvidan. Las de antaño no pudieron ser grabadas y sólo sobreviven algunas cuya calidad y mérito superan las adversas circunstancias de su tiempo. Mas como son representativas del alma yucateca debemos hacer lo posible

por rescatarlas del olvido, tarea que corresponde primordialmente a las autoridades del estado de Yucatán. Ojalá que nuestro clamor sea escuchado y atendido. Hace bastantes años planteamos esta necesidad, en defensa de la imagen musical que distingue y prestigia la sensibilidad popular del Mayab; y nuestra voz —en artículos periodísticos— se perdió en la indiferencia de quienes podían y debían realizar, así, una **ANTOLOGÍA DE LA CANCIÓN YUCATECA**. Aún es tiempo, aunque la memoria de los viejos trovadores se pierde en la niebla de los años y de la muerte.

No podemos pasar por alto que la era romántica de la canción yucateca está en grave peligro por la comercialización y la industrialización que le restan espontaneidad, contaminándola de ambiciones económicas; porque sus temas de aristocracia sentimental van siendo postergados, y porque las serenatas son incompatibles con la vida moderna, como cuando al escucharse un madrigal en la voz de los trovadores, se produce un escándalo de automóviles y motocicletas y la estridencia desvanece el embrujo de aquellos instantes de ensueño; porque la realidad se impone y nos demuestra cruelmente que vivimos otra época, lejana de la que cantó Antonio Mediz Bolio en estos versos: *La noche es, en mi Mérida, siempre noche romántica: cuando no tiene luna, parece que la hay...*



En las sombras del recuerdo fulguran los nombres de los grandes señores de la canción yucateca: Cirilo Baqueiro Preve *Chan-Cil*, Fermín Pastрана *Huay Cuc*, Antonio Hoil, José Peón Contreras, Fernando Juanes González Gutiérrez, Alfredo Tama-yo, Filiberto Romero, Alberto Urce-lay Martínez y demás próceres de la trova en los albores de este siglo; y a los forjadores de la época de oro de la misma, los poetas Luis Rosado Vega, Antonio Mediz Bolio, Ricardo López Méndez, Ermilo Padrón López *Chis-pas*, José Esquivel Pren, Carlos Duarte Moreno, Roberto Sarlat Corrales, Manuel Díaz Massa, y los melodistas Ricardo Palmerín, Guty Cárdenas, Pepe Domínguez, Rubén Darío Herrera, Enrique Galaz y centenares de hermanos que han contribuido con una sola o con varias canciones a enriquecer el tesoro musical de Yucatán. Como el mejor homenaje a su memoria sigamos cantando sus canciones, sus trovas que dieron luz y encantamiento a las serenatas de antaño, propicias al idilio. Esos cantares son, todavía, la expresión auténtica del romanticismo inmortal de nuestro mestizaje iberomaya... y confiamos en que los compositores modernos prosigan con orgullo y lealtad esta gloriosa tradición, con devoto fervor, y sean los dignos herederos de su herencia melódica, ahora y siempre.

México, D.F., febrero de 1989.



Palacio Municipal de Mérida, calle 62, ca. 1920.